

Editorial



En unos tiempos como los actuales, en los que las medidas dictadas por la situación sanitaria cambian nuestro modo de vida, creemos que resulta muy oportuno dedicar un número de *Hélice* a uno de los temas especulativos más pertinentes en nuestros días, el posthumanismo en la ciencia ficción, al menos en su vertiente de imaginación del futuro inspirada por la tecnología. En la Unión Europea, quienes deciden han decidido, por una vez claramente, que el futuro de los ciudadanos de esa gran semiconfederación será digital, les convenga o no. No cabe duda de que la digitalización de arriba abajo ha llegado para quedarse, y no solo en Europa. A primera vista, se están cumpliendo, pues, los sueños o, más bien, dictados de los potentados de la industria informática. Entre ellos, una parte no menor apoya asimismo unas tendencias transhumanistas que persiguen modificar la humanidad y la naturaleza por medios tecnológicos y por su sedicente propio bien. Aunque transhumanismo no es equivalente a posthumanismo, igual que un melón no es una sandía, es indudable que ambas cosas tienen un marcado aire de familia y, de hecho, se suelen abordar juntas tanto en la teoría actualmente predominante en el mundo occidental como en su plasmación (a veces) artística en la ciencia ficción contemporánea. Esto es patente en los siete ensayos en inglés de la sección de Reflexiones, que dedicamos en este número al posthumanismo. En consecuencia, la mayoría aborda los interrogantes que suscita este fenómeno desde el punto de vista de sus consecuencias sociales, personales e incluso teológicas.

Estos ensayos suelen reafirmar las críticas lanzadas al transhumanismo por los teóricos activistas postmodernos debido a su complicidad con el gran capital, su elitismo mental y económico, su dualismo supuestamente humanista entre la mente y el cuerpo, y otros feos defectos que se le atribuyen. Mónica Calvo Pascual es quien más claramente examina el conflicto transhumanismo-posthumanismo en su estudio sobre la reciente novela de Larissa Lai *The Tiger Flu* (2018), en la que esta autora sinonorteamericana denuncia un futuro bastante creíble dominado por una China hipercapitalista, en la que la clase social y la exclusión derivan de la posibilidad de acceder a diversos implantes de finalidad tanto corporal como mental. Según Calvo Pascual, Lai presenta una al-

ternativa posthumanista integral social y filosóficamente. Una alternativa al posthumanismo excluyente propone también Nalo Hopkinson en su clásico *Midnight Robber* (2000) desde una perspectiva postcolonial que persiguen una superación de la oposición entre naturaleza y tecnología, perspectiva que describe Lidia María Cuadrado Payeras en su artículo. Por su parte, Beatriz Domínguez-García tampoco olvida la dimensión social de un posthumanismo que parece dejar atrás el cuerpo, pero que reafirma este de manera paradójica. Al analizar la visión que se ofrece de los cuerpos humanos *normales* y mutantes en las dos películas de Hollywood tituladas *Total Recall* (1990 y 2012), observa cómo una situación posthumana no acaba con una jerarquía fundada en la mayor o menor (dis)capacidad física y estética de los cuerpos, y la ambigua visión que se ofrece en ambas películas de tal categorización y de sus consecuencias sociales. En efecto, si algo se puede deducir de estos estudios como característica común de estas ficciones es la conciencia de que el futuro posthumano no acabará con la explotación del (post)hombre por el (post)hombre de cualquier sexo y género. Esa explotación se exagera cuando la tecnología posthumana no confía tanto en lo digital como en el aprovechamiento biológico de clones como meros depósitos de órganos para sus acaudalados modelos genéticos, tal y como se presenta en varias películas de nuestro siglo estudiadas por Rocío Carrasco Carrasco. Con todas las salvedades necesarias en productos cuyo carácter comercial determina inevitablemente el modo de su crítica, la adopción en aquellas películas de la perspectiva del clon invita a ponerse emocionalmente en su lugar, esto es, en el lugar de los explotados.

Otro rasgo común de las obras comentadas es el pesimismo distópico. Aunque la utopía es muy frecuente como horizonte vendido al ciudadano-consumidor por los poderes políticos y económicos que fomentan la digitalización trans y/o posthumanista, escritores y cineastas parecen mirar con pesimismo el resultado especulado del proceso digitalizador. Desde el punto de vista de la historia literaria, no extrañará tan enorme diferencia entre lo que se vende políticamente como porvenir ideal y ese mismo porvenir según la ciencia ficción mayoritaria. Si cabe considerar que el posthumanismo contemporáneo deriva directamente de la moda *ciberpunk*, es normal que también haya heredado los ambientes distópicos de esta, ya desde su creador William Gibson. Francisco Collado-Rodríguez así lo señala con amplia documentación en relación con la prototípica mujer *ciberpunk* de Gibson, Molly Millions, una mujer fuerte y violenta que no puede escapar, sin embargo, a los con-

dicionantes de su sociedad, que le impone una constante mejor tecnológica de sus implantes si quiere sobrevivir. La sociedad posthumana así pintada es un conjunto de seres transhumanos sometidos a la ley de la jungla. Al menos, aún es posible en ella luchar por su propia autonomía como individuos. Este es un lujo solo alcance de una extrema minoría afortunada en dos series televisivas posthumanistas de gran éxito, *Westworld* y *Altered Carbon*, que Amaya Fernández Menicucci estudia sobre todo como la expresión de la barruntada capacidad demiúrgica de la tecnología. Esta permitiría superar la dualidad entre cuerpo y mente, y propiciaría la aparición de conciencias artificiales hasta el punto de que lo divino, lo humano y lo no humano construido dejarían de distinguirse en el seno de subjetividades irreductibles a las concepciones humanistas anteriores, aunque ello no supondría en absoluto el fin de las antiguas injusticias, sino más bien al contrario. Tal vez ninguna mejora tecnológica es capaz de cambiar la naturaleza humana, cuyo comportamiento biológico nunca ha dejado de organizarse en forma de jerarquías, cuya manifestación es esencialmente represiva. Las formas de oprimir cambian, pero no la opresión. Todas las obras objeto de estos ensayos así lo indican. Lo que sí es dudoso es que las soluciones sugeridas por algunos autores, siguiendo la escolástica postmoderna, sean eficaces. Tal vez lo sean, y el paraíso de diversidad y felicidad, sobre todo para las minorías, acabe llegando realmente, pero se echa de menos en todos estos ensayos algún sano cuestionamiento de sus presupuestos teóricos, tan necesario para que un ensayo sea crítico y no propagandístico. Sin embargo, no se ha de reprochar a los autores que sigan a rajatabla el método y los postulados de los Estudios Culturales de nuestra época. Sus voces se añaden simplemente a un coro masivo que repite las mismas consignas y cita siempre a los mismos autores, pero al menos lo hacen con indudable habilidad y cerciorándose de que sus trabajos aporten interpretaciones bien argumentadas y plausibles dentro de sus respectivas escuelas.

Un método muy distinto sigue Sara Martín en su reflexión sobre *Frankenstein* (1831), de Mary Shelley. Aunque tiene presente las teorías posthumanistas actuales, su propósito es demostrar el carácter pionero de esa novela en la imaginación del individuo posthumano, para lo cual se sirve de los procedimientos filológicos probados de la historia de la literatura, sin complejos y sin temor de oponerse a las ideas recibidas en la materia. Concretamente, ataca con razón las lecturas anacrónicas actuales que se niegan a ver en la creación del doctor Frankenstein un monstruo, que es como es visto por los demás personajes y es presentado por la pro-

pia autora en el marco de una obra que no es tanto fictocientífica como gótica. Al fin y al cabo, el monstruo lo es no por ser una creación posthumana por medio tecnológicos, sino por ser un fracaso estético: es un monstruo de fealdad que da literalmente miedo...

El respeto hacia la historia, el texto y su contexto inspira también la importante antología de ciencia ficción española en la llamada Edad de Plata (1898-1936) editada por Juan Herrero-Senés, tal y como pone de relieve la reseña correspondiente de Mariano Martín Rodríguez en la sección de Crítica. También funda el curioso trabajo de Jonathan Hay sobre una errata no corregida en la novela de *The Gold Coast* (1988), de Kim Stanley Robinson, cuya publicación en *Miscelánea* demuestra que el método filológico sigue siendo útil como base para lecturas correctas de cualquier texto que permitan evitar los sesgos que aquejan con demasiada frecuencia los estudios que, a diferencia del de Sara Martín y del libro de Herrero-Senés, prestan más atención a la corrección (también en el sentido de reprensión y censura) ideológica que a la comprensión y el respeto del pasado no solo por lo que nos convenga para propagar nuestras ideas, sino también en sus propios términos, cuya pertinencia desde nuestra perspectiva actual no debería impedir intentar verlo desde dentro. Así se ha intentado en Hélice en el rescate en la sección de Recuperados, en forma de traducción, de varios textos de tema posthumanista posteriores a *Frankenstein* y muy anteriores al *cyberpunk*. Dos de ellos adoptan el discurso historiográfico para describir la aparición de dos especies posthumanas, una de robots y otra de simios inteligentes de aspecto humano. A diferencia de aquella novela de Shelley, ambos tienen un carácter satírico dirigido a rebajar la autoestima de la humanidad. En la historia de Ippolito Nievo, que es quizá el texto fictocientífico más importante escrito en italiano en el siglo XIX, la holganza inducida por la explotación laboral de los «homúnculos» artificiales induce en los humanos un declive de voluntad que ha de llevar al fin de la especie, mientras que los monos de la historia del brasileño Gomes Neto acaban siendo reconocidos como especie igual a la humana sobre todo porque han sabido *imitar* a esta sobre todo en sus defectos, de manera que el final feliz, tan poco común en la literatura de este tema posthumanista, resulta ser amargamente irónico. Con ese mismo tema, se adelanta a la imagen de la explotación por los poderosos del individuo-objeto posthumano Federico de Castro en su cuento dedicado a la autómatas propiedad de un semidivino monarca de aspecto oriental, cuyo ideal de mujer íntegramente sumisa realiza aquella «esclava perfecta», verdadera precursora de las muñecas sexuales de nuestros

días. Sin embargo, el poder masculino y patriarcal que encarna el rey se siente frustrado, lo que ilustra los límites de la teórica omnipotencia del poder y de la ideología que lo sustenta. Pese a su brevedad, este cuento plantea, desde la humanista perspectiva krausista de su autor, una interesante crítica que suena muy actual. Además, su cuento es literariamente pionero, pues su ambientación en un mundo secundario integral de aspecto legendario acerca su planteamiento literario al de la fantasía épica.

Los demás textos «Recuperados» se dividen en tres secciones no directamente relacionadas con el tema predominante en este número de *Hélice*, si bien aquellos clasificados dentro de la ficción teológica como expresiones estéticas (y heréticas) de un dualismo entre el principio supremo del bien y el del mal que puede considerarse la lejana matriz del dualismo cuerpo-mente que subyace a no pocos enfoques posthumanistas. No obstante, su interés mayor radica quizá en la manera en que la ciencia teológica ha podido ser explotada fructíferamente con fines puramente literarios en la época moderna, a menudo como base para empresas de claro carácter mitopoético. En cuanto a la sección dedicada a las ruinas imaginarias como variedad de la construcción de mundos posibles ficcionales de carácter épico-fantástico, sus distintos poemas pueden servir de recordatorio que las perspectivas de progreso tecnológico continuo no han de hacernos olvidar no solo a los seres humanos y de otro tipo que serán sus víctimas, sino también a quienes se quedarán indefectiblemente atrás. El orden trans y posthumanista también dejará ruinas. Con todo, para que no toda sea quejarse y dejar el oportuno margen para la esperanza, también se recuperan varios poemas de forma himnica y asunto utópico que describen un porvenir mejor para los explotados hoy, un porvenir de beatitud paradisíaca, de paz y de belleza, en ciudades celestiales o terrenales, que tal vez nos pueda servir de consuelo frente a tantos desastres como aparecen en la ficción posthumanista, cuyos augurios más pesimistas nuestros gobernantes sanitarios, políticos y económicos parecen estar volviendo cada vez más verosímiles.